

Un amor, Sara Mesa

(Barcelona, Anagrama, 2020)

En el paisaje castigado por la sequía se diseminan olivos, alcornoques y encinas. Las jaras, pegajosas y humildes, son las únicas flores que salpican la tierra. La monotonía de los campos se rompe únicamente por el contorno de El Glauco, un monte bajo de arbusto y matorral que parece dibujado a carboncillo sobre el cielo desnudo. En El Glauco, dicen, todavía quedan jabalíes y zorros, aunque los cazadores que suben hasta allí solo vuelven con ristras de perdices y conejos atadas a la cintura. Es un monte siniestro, piensa Nat, pero enseguida procura apartar el pensamiento. ¿Por qué siniestro? Glauco es un nombre feo, sin duda; ella deduce que se debe a su color pálido y macilento. La palabra *glauco* le recuerda a un ojo enfermo, con conjuntivitis, o esos ojos propios de los ancianos, vidriosos y enrojecidos, como empañados. Ella mismo comprende que se está dejando contaminar por el significado de *glaucoma*. Casualmente la palabra *glauco* había aparecido en el libro que intenta traducir, atribuida al personaje principal, el padre temible que en un momento dado suelta una imprecación muy dolorosa para uno de sus hijos, algo que, según el texto, hace clavándole su mirada *glauca*. Al principio, Nat pensó en una afectación de los ojos, pero luego comprendió que una mirada glauca es, simplemente, una mirada vacía, inexpresiva, el tipo de mirada en la que la pupila permanece muerta, casi opaca. ¿Cuál es entonces el sentido correcto? ¿Verde claro, verdeazulado, enfermizo, difuso, errante? En función de lo que escoja, deberá orientar el resto del párrafo. Optar por una traducción literal, sin entender el auténtico espíritu de la frase, sería como hacer trampas.

(pp. 19-20)

Al amanecer vuelve a la traducción. *Ce n'était pas une vision. J'ai touché ses cheveux...* Las palabras resuenan en su cabeza un buen rato: huecas, mudas, sin forma, hasta que empiezan a tomar sentido, todos los sentidos posibles. ¿Tocar los cabellos o acariciar los cabellos? *Tocar* suena

mal, pero es lo que aparece en el texto original. Si se refiere a acariciar, ¿no habría escrito la autora *caresser*? ¿Y cabellos? ¿Por qué no *pelo*? ¿No es más natural, después de todo, acariciar el pelo, tocar el pelo? ¿Cómo lo diría ella? ¿Tocar la cintura o acariciar la cintura? ¿Qué diferencia hay entre tocar y acariciar? Traduce: *No fue una visión. Toqué su cabello*. Al releerlo, siente crecer el asco en su interior. Se levanta y da vueltas por el cuarto. Sieso la sigue con la mirada, pero no es una mirada limpia: parece haber un juicio tras sus ojos.

(pág. 88)

A pesar de la poca atención que le presta ahora, Sieso ha cambiado mucho. Nat ha dejado de atarlo por las noches y él corresponde a esa confianza con lealtad, durmiendo a su lado, junto a la cama. Quizá debería ir pensando en cambiarle el nombre, se dice. Por muy irónica y hasta cariñosa que fuese su intención al ponérselo, el significado de *sieso* es *antipático, desabrido, malaje*. Y ya se lo advirtió el veterinario: los animales no entienden la ironía.

Por otro lado, piensa, no merece la pena. Casi nadie conoce ese significado. El término *sieso* solo se utiliza en determinadas zonas y ambientes, mucho más restringidos de lo que Nat creyó en un principio. Pensó que era un adjetivo conocido porque ella lo conocía, frecuente porque ella lo usaba con frecuencia. Nunca supo de sus limitaciones hasta que comprobó que el mismo Píter ignoraba su sentido y confirmó, más tarde, que ni siquiera el diccionario recoge su acepción coloquial, solo una científica y mucho más desagradable de lo previsto: «Del lat. *sessus* 'asiento' 1. m. Ano con la porción inferior del intestino recto.»

Aunque si nadie lo sabe, ¿qué más da?

Solamente es el nombre de un perro.

(pp. 122-123)